

—¿Quieres que señalemos desde ahora la segunda semana de Junio?

—Sí, la segunda semana de Junio. Me parece muy bien.

No hablaron más. Ella había vuelto los ojos á su costura; y él, dejando vagar su mirada permanecía serio é inmóvil.

VII

Aquel día, al llegar á la Soulejade, la vieja señora de Rougon vió á Martina que estaba en la huerta, ocupada en plantar puerros, y aprovechando la ocasión, se dirigió á la sirvienta para hablar con ella y son-sacarla noticias antes de entrar en la casa.

El tiempo pasaba, y doña Felicidad sentíase desolada por lo que ella llamaba la deserción de Clotilde. Comprendía perfectamente que nunca llegaría á apoderarse de los legajos. Aquella chiquilla se perdía, se entregaba á Pascual desde que le había cuidado, y se pervertía hasta el punto de no haber vuelto á la iglesia. Por esto la señora de Rougon insistía en su idea primera: alejarla, y después conquistar á su hijo, cuando quedase solo, debilitado por la soledad. Puesto que no había logrado decidir á Clotilde para que se fuese con su hermano, se agarraba ahora á la idea del matrimonio;

descontenta de tan continuas dilaciones, hubiese querido arrojarla al día siguiente en brazos del doctor Ramond; y aquella tarde doña Felicidad corrió á la casa, con ansia febril de apresurar los sucesos.

—Buenos días, Martina... ¿Qué tal por aquí?

La criada, arrodillada, con las manos llenas de tierra, levantó su rostro pálido, protegido contra el sol por un pañuelo atado á la cabeza.

—Como siempre, señora... Tranquilamente.

Y ambas hablaron. Doña Felicidad la trataba como á una confidente, como á criatura enteramente ligada, perteneciente á la familia, y á la cual se le podía decir todo. Principió por hacerla preguntas: quiso saber si el doctor Ramond había estado allí por la mañana. Venir, sí, pero no había hablado más que de cosas indiferentes. Esto la desesperó, pues por la noche había visto al doctor, el cual la confiara su tristeza por no obtener respuesta definitiva, deseoso como estaba de lograr, al menos la promesa de Clotilde. Aquello no podía continuar así, era necesario obligar á la joven á comprometerse.

—¡Es cosa muy delicada! — exclamó doña Felicidad. — Yo lo calé; estaba segura de que tampoco hoy se atreverá á decirle nada... Tendré que tomar cartas en el asunto. Veremos á ver si le obligo á adoptar una determinación.

Luego, calmándose:

—Mi hijo ya está bueno, y no tiene necesidad de ella.

Martina que había reanudado su tarea de plantar puerros, se incorporó con viveza.

—¡Ah, seguramente!

Y su rostro, ajado por treinta años de servicios, pareció iluminado por una llama. Martina sufría herida sangrienta desde que su amo no la toleraba casi nunca á su lado. Durante su enfermedad la había apartado de sí, aceptando cada día menos sus servicios, y terminando por prohibirle la entrada en su cuarto. Sentía ella vaga conciencia de lo que ocurría; y envidia instintiva la torturaba, lastimándola en su adoración por aquel amo, al lado del cual había sido ella, durante tantos años, como una cosa inerte y sin voluntad, el extremo de la adhesión.

—Es evidente que no tenemos necesidad de la señorita... Para servir al señor, yo me basto.

Entonces ella, tan discreta, habló de sus trabajos de jardinería, y dijo que en llegando el tiempo de las legumbres ahorraría algunos jornales de hombre. Sin duda era grande la casa; pero cuando la tarea no asusta, se llega pronto al fin. Luego, así que la señorita se marchara, habría una persona menos á quien servir. Y sus ojos relucían inconscientemente ante la idea de la gran soledad, de la paz dichosa en que se viviría allí después de la partida de Clotilde.

Martina bajó la voz:

—Esto me apenará, porque el señor también lo sentirá mucho. Jamás hubiera yo creído que desearía semejante separación... Solamente, señora, que pienso como V.; es necesario, porque temo que la señorita acabe por contagiarse aquí, y llegue á ser un alma perdida para Dios... ¡Ah! ¡qué triste es! ¡Tengo el corazón tan acongojado á veces, que me estalla!

—Están arriba los dos, ¿no es así?—dijo doña Felicidad,—Yo subiré á verles y me encargo de obligarles á concluir.

Una hora más tarde, cuando bajó, encontróse con Martina, que se arrastraba aún de rodillas sobre la blanda tierra, terminando sus plantaciones.

Desde las primeras palabras que hubo de pronunciar, frente á su hijo, contando que había hablado con el doctor Ramond, y que éste se mostraba impaciente por conocer su suerte, notó que Pascual aprobaba la cosa; mostrábase grave, inclinando la cabeza, como para decir que esta impaciencia le parecía natural.

La misma Clotilde, cesando de sonreír, pareció escucharla con deferencia, pero algo sorprendida. ¿Por qué la apuraban? El maestro había fijado el matrimonio para la segunda semana de Junio: había, pues, dos meses por delante. Dentro de poco hablaría del asunto con Ramond. Era tan serio el matrimonio, que bien podían dejarla reflexionar, sin comprometerse hasta el último momento.

Y alegaba tales razones con aire de prudencia, como persona resuelta á tomar una decisión: doña Felicidad hubo de contentarse con el evidente deseo de ambos de que las cosas tuviesen el desenlace más razonable.

—La verdad, creo que esto es hecho—concluyó diciendo.—El no parece oponer ningún obstáculo, y ella parece querer obrar sin precipitación, como mujer que desea medi-

tar antes de ligarse para siempre... La dejaré ocho días de reflexión.

Martina, en cuclillas, miraba á la tierra fijamente, con el rostro invadido por la sombra.

—Sí, sí—murmuró en voz baja:—la señora reflexiona mucho desde hace algún tiempo... La encuentro en todos los rincones. Si la hablan, no responde. Es como las gentes á quienes va minando una enfermedad; tiene la mirada extraviada... Le pasa algo; no es la misma de antes, no es la misma...

Y volvió á plantar, con tal impetu de trabajo, que enterró un puerro; mientras la vieja señora de Rougon, algo calmada, se fué segura del matrimonio, según decía.

Pascual, en efecto, parecía aceptar el matrimonio de Clotilde como cosa resuelta é inevitable. No había vuelto á hablar del caso con ella; las raras alusiones que se dirigían el uno al otro, en sus conversaciones de cada momento, les infundían calma, y todo marchaba sencillamente, como si los dos meses que les quedaban de vivir juntos no tuviesen fin y fuesen una eternidad sin término ni límites. Ella, sobre todo, le miraba sonriendo, dejando para más tarde las enojosas decisiones, con lindo gesto lleno de cierta indeci-

sión, que la volvía á la vida feliz. El, curado, recobrando sus fuerzas de día en día, no se entristecía más que al sepultarse en la soledad de su alcoba, por la noche, cuando ella estaba acostada.

Sentía frío, se estremecía pensando que vendría una época en que quedaría solo. ¿Sería la vejez que comenzaba la que le hacía temblar así? La vejez le parecía, vista desde lejos, una comarca tenebrosa, en la cual sentía disolverse todas sus energías. Y entonces, la falta y el deseo de la mujer, del hijo, le sublevaban por entero, inundándole el corazón de una insufrible angustia.

¡Ah! ¡Cuánto había vivido! Ciertas noches llegaba á maldecir la ciencia, á la cual acusaba de haberle absorbido lo mejor de su virilidad. Se había dejado devorar por el trabajo, que le había roído el cerebro, el corazón, los músculos. De toda esta pasión solitaria no habían nacido más que libros, papel emborronado, que el viento se llevaría sin duda, cuyas hojas le helaban las manos cuando los abría. ¡Pero nunca había estrechado contra el suyo un pecho de mujer, nunca había besado unos tibios cabellos de niño! Había vivido solo, en su lecho frío de sabio egoísta, y moriría solo en él. Real-

mente, ¿llegaría á morir así? ¿No gozaría de la dicha que gozan los ganapanes, los carreteros, á los cuales oía restallar el látigo bajo sus ventanas? Hubiera sido preciso acordarse á tiempo; ahora iba haciéndose tarde, muy tarde ya. Toda su juventud desperdiciada, todos sus deseos comprimidos y acumulados, le subían por las venas en una oleada tumultuosa. Jurábase á sí propio que había aún amor, reviviendo para agotar las pasiones que no había probado, para gustar de todas antes de que la vejez llegara. Llamaría á todas las puertas, detendría á los transeuntes, correría los campos y el pueblo. Luego, al día siguiente, después de haberse lavado y de salir de su cuarto, esta fiebre se calmaba, los cuadros ardientes se desvanecían y caía en su timidez natural. Y de nuevo, á la noche siguiente, el miedo á la soledad le producía el mismo insomnio, su sangre se encendía, y volvían las mismas desesperaciones, las mismas rebeliones, idéntica necesidad de no morir sin haber conocido á la mujer.

Durante esas noches ardientes, Pascual, con los ojos desmesuradamente abiertos en la oscuridad, forjaba siempre el mismo sueño... Presentábasele una niña vagabunda,

una niña de veinte años, hermosísima, que entraba á arrodillarse delante de él, con aire de adoración sumisa, y él la tomaba por esposa. Era una de esas peregrinas de amor, como las que se encuentran en las antiguas historias, que había seguido á una estrella para venir á devolver la salud y la fuerza á un rey viejo, poderoso, cubierto de gloria. El era el rey viejo, y ella le adoraba, realizando, con sus veinte años, el milagro de infundirle su juventud. El salía de sus brazos triunfante, habiendo recobrado la fe y el valor de la vida. En una Biblia del siglo xv que Pascual poseía, ilustrada con sencillos grabados en madera, había cierta imagen que le interesaba más que ninguna: la del viejo David entrando en su alcoba, apoyada una mano sobre la espalda desnuda de Abisaig, la joven sunamita. Y leía el texto en la página inmediata: "El rey David, siendo viejo, no podía entrar en calor por mucho que le arropasen. Sus servidores le dijeron entonces: "Nosotros buscaremos una muchacha virgen para el rey nuestro señor, para que ella permanezca en presencia del rey y le divierta, y para que, durmiendo á su lado, caliente al rey nuestro señor." Buscaron en todas las tierras de Israel una don-

cella joven y hermosa; encontraron á Abisaig, sunamita, y se la llevaron al rey; era una criatura de gran belleza; dormía al lado del rey y le servía...

Ese escalofrío del anciano rey, ¿no era el que helaba á Pascual en cuanto se acostaba, solo, bajo el techo triste de su cuarto? Y la hija de los caminos, la peregrina del amor que sus sueños evocaban, ¿no era Abisaig, devota y dócil, la mujer apasionada que se entrega á su dueño para su único bien? El la veía allí siempre como esclava, dispuesta á fundirse en él, atenta á su menor deseo, y de belleza tan esplendente, que bastaba para su continua alegría; de dulzura tal, que cerca de ella el doctor se sentía como bañado en perfumado aceite. Luego, al hojear otras veces la antigua Biblia, otros grabados desfilaban ante sus ojos, su imaginación se perdía en medio del desvanecido mundo de los patriarcas y los reyes. ¡Qué fe en la longevidad del hombre, en su fuerza creadora, en su poder sobre la mujer; extraordinarias historias de hombres de cien años, fecundando aún á sus esposas, recibiendo á sus sirvientas en el lecho, recogiendo á las jóvenes viudas y á las vírgenes que pasaban!

Era Abraham, de cien años, padre de Is-

mael y de Isaac, esposo de su hermana Sara, dueño reconocido por su sirviente Agar. Allí estaba también el delicioso idilio de Ruth y de Booz, la viuda joven, llegada al país de Belén durante la recolección de la cebada, y que iba en una noche tibia á acostarse á los pies de su señor, que, comprendiendo el derecho por ella reclamado, la hace su esposa, en su calidad de pariente por afinidad, según la ley. Veíase allí el brotar espontáneo de un pueblo fuerte y vivo, que debía conquistar el mundo, en aquellos hombres de virilidad jamás extinguida, en aquellas mujeres siempre fecundas, en esa continuidad persistente y numerosa de la raza al través de los crímenes, de los adulterios, de los incestos, de los amores de viejos, fuera de toda razón. Y su sueño, ante aquellos viejos grabados, concluía por adquirir realidad. Abisaig entraba en su triste alcoba, iluminándola, embalsamándola, abriendo sus brazos desnudos, mostrando su cuerpo desnudo, sus desnudeces divinas, para hacer la entrega de su real juventud.

¡Ah, la juventud! ¡Tenía de ella hambre devoradora! Al declinar de su vida, este deseo apasionado de juventud era la rebeldía contra la edad que le amenazaba, anheló

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍ"
1625 MONTECEN, 1917

desesperado de volver atrás, de comenzar de nuevo. Y en su necesidad de renovar la vida, no sólo experimentaba el pesar de las primeras dichas perdidas, del inestimable precio de las horas mal empleadas, á las cuales el recuerdo presta su encanto; pero sentía también la voluntad dispuesta á gozar, en adelante, de su salud y fuerza, y á no perder nada de la dicha de amar. ¡Ah, la juventud! ¡Cómo la recibiría con los brazos abiertos, cómo la volvería á vivir, con el apetito voraz de comerla y beberla por entero, antes de envejecer!

¡Emocionábase al acordarse de sí propio, cuando tenía veinte años, con su talle delgado, con un vigor y una salud de encina nueva, ostentando los dientes blancos, los cabellos brillantes y negros! ¡Con qué ardor festejaría ahora aquellos dones desdeñados antaño, si por un prodigio le fueran devueltos! Y la juventud de la mujer, cualquier muchacha que pasase, le turbaba, produciéndole enternecimiento profundo. Aparte de la persona, la sola imagen de la juventud, el olor puro y la brillantez que de ella salía; los ojos claros, los labios sanos, las mejillas frescas, sobre todo el cuello delicado, torneado y suave, sombreado por los rizos ca-

prichosos de la nuca; la juventud le parecía siempre fina y grandiosa, divinamente des-
arrollada en su desnudez severa. Sus miradas seguían la aparición, su corazón se ahogaba en un deseo infinito. No hallaba nada bueno y apetecible fuera de la juventud, que es la flor del mundo, la única belleza, la única alegría, el único verdadero bien, unida á la salud, que la naturaleza puede dar á los seres. ¡Ah! ¡Volver á empezar, ser joven aún, poseer de una vez, en un abrazo, toda la juventud de la mujer!

A la sazón, Pascual y Clotilde, desde que los hermosos días de Abril hacían florecer los árboles frutales, habían reanudado sus paseos de la mañana por la Souleiaide.

El doctor hacía sus primeros pinitos de convaleciente, y ella le conducía á la era, ya caldeada por el sol; le llevaba por las sendas del pinar; volvía á traerle al borde de la terraza, cortada solamente por las franjas de sombra de los dos cipreses seculares. El sol deslumbraba allí, quemando las viejas losas, y el inmenso horizonte se extendía bajo el cielo esplendente.

Y una mañana que Clotilde había corrido por el campo, entró muy animada, estallando en risas, tan alegre y aturdida, que subió

á la sala sin quitarse el sombrero de paja ni el ligero pañuelo de encaje que se había anudado al cuello.

—¡Ah—dijo—qué calor!... ¡Y qué tonta soy en no haberme quitado todo esto abajo! Voy á llevarlo al instante.

Al entrar, había arrojado el pañuelo sobre un sillón. Pero sus manos se impacientaban, queriendo desatar las riendas de su sombrero de paja.

—¡Ea, buenol He apretado más el nudo. No conseguiré desatarlo; será preciso que vengas en mi auxilio.

Pascual, excitado también por el paseo, regocijábese al verla tan bella y tan feliz. Se aproximó, viéndose obligado á estrecharse contra la joven.

—Espera, levanta la barba... Si te mueves á cada momento, ¿cómo quieres que yo me entienda?

Ella reía muy alto, y él veía la risa que le hinchaba el seno con su onda sonora. Sus dedos se perdían bajo la barba, en esa parte deliciosa del cuello, de la cual tocaba, involuntariamente, suavidades de raso. Clotilde llevaba un vestido muy descotado, y Pascual parecía aspirarla por esta abertura, de donde se exhalaba el perfume de vida de la mujer,

el olor puro de la juventud, calentada por el sol poderoso. De pronto, Pascual se sintió deslumbrado, creyendo desfallecer.

—No, no; no puedo, si no te estás quieta.

Una ola de sangre le azotaba las sienes; sus dedos habían perdido el tino, mientras ella se echaba hacia atrás más que antes, ofreciendo, sin saberlo, la tentación de su virginidad.

Aquello era la aparición de la regia juventud: de ojos claros, labios sanos, mejillas frescas, y especialmente un cuello delicado, sedoso y redondo, sombreado por rizos juguetones hacia la nuca. ¡Y el doctor sentía á la joven en toda su finura y suavidad, memuda de pecho, en su divino desarrollo!

—¡Ya está!—exclamó ella.

Sin saber cómo, el doctor había desatado las cintas. Las paredes le parecía que daban vueltas; y la vió de nuevo con la cabeza desnuda, con su rostro resplandeciente como un astro, sacudiendo, en medio de grandes risas, los bucles de sus dorados cabellos. Entonces Pascual temió cogerla de nuevo en brazos y besarla locamente en todos los sitios donde mostraba algo de su desnudez. Huyó, llevándose el sombrero que tenía en la mano, y balbuceando:

—Lo voy á colocar en el vestíbulo... Espérame, tengo que hablar con Martina.

Una vez abajo, se escondió en el fondo del salón abandonado, donde se encerró con llave, temblando que Clotilde, inquieta, bajase á buscarle. Sentíase el doctor desorientado y receloso, como si acabase de cometer un crimen. Comenzó á hablar alto, y se estremeció al escuchar este primer grito salido de sus labios: "Siempre la he amado y deseado enormemente. Sí, desde que fué mujer la adoraba." Y de repente veía con claridad: percibía á la mujer en que se había convertido Clotilde, transformada, de muchachuelo sin sexo que era, en aquella criatura de amor y de hechizo, con sus piernas largas y derechas, su torso desarrollado y fuerte, de pecho abultado, el cuello redondo y los brazos nutridos y suaves. Su nuca, sus espaldas, parecían de pura leche, de blanca seda, tersas, de infinita dulzura. Y era monstruoso, pero cierto; él tenía hambre de todo aquello, un hambre devoradora de tanta juventud, de aquella flor de carne tan pura, que olía tan bien.

Al comprender todo esto, Pascual cayó en una silla, ocultando el rostro entre las manos juntas, como para no ver la luz del día,

y prorrumpió en fuertes sollozos. ¡Dios mío! ¿Qué sería de él?

¡Una niña que su hermano le había confiado, á quien él había educado como un padre, convertida hoy en aquella tentadora de veinticinco años, la mujer en todo su soberano poderío! Se sentía desarmado, más débil que un niño.

Y por encima del deseo físico, la amaba con ternura inmensa, prendado de su persona moral é intelectual, de su rectitud de sentimientos, de su fino espíritu, tan animoso, tan noble. Hasta sus rencillas, aquella inquietud del misterio que la atormentaba, se la hacían ver más preciosa, un ser diferente del suyo, en el cual encontraba Pascual algo del infinito de las cosas. Gustábale en sus rebeliones, cuando le estaba haciendo cara.

Era Clotilde la compañera y la discípula; y él la veía tal cual la había hecho, con su gran corazón, su franqueza apasionada, su razón victoriosa. Y seguía siéndole necesaria en todo momento, sin que cupiese imaginar que él pudiese respirar el aire donde ella no estuviera; sintiendo la necesidad de su aliento, del roce de su vestido, de su pensamiento y de su cariño que le embargaba, de sus miradas, de su sonrisa, de toda su

vida cotidiana de mujer, que ella le había consagrado y que nunca tendría la crueldad de quitarle. La idea de que Clotilde iba á separarse de él, era, en su cerebro, algo semejante á un desplome del cielo, el fin de todo, las tinieblas últimas. Sólo ella existía en el mundo: ella era la única elevada y buena, la única inteligente y sabia, la única beldad de milagrosa belleza. Puesto que la adoraba y era su maestro, ¿por qué no subir á estrecharla entre sus brazos, y besarla como á un ídolo? Los dos eran libres: ella nada ignoraba, era ya una mujer completa. Esto sería la felicidad.

Pascual, que ya no lloraba, se levantó y quiso ir hacia la puerta. Pero de pronto cayó otra vez en la silla, paralizado por una explosión de sollozos. No, no; ¡aquello era abominable, imposible! Acababa de notar sobre su cráneo sus cabellos blancos como hielo, y sentir horror de su edad de cincuenta y nueve años, pensando en los veinticinco de ella. Nuevamente se apoderó el escalofrío de terror, ante la certidumbre de que ella le dominaba, de que se encontraría sin fuerzas contra la tentación diaria. La veía dándole á desatar las cintas del sombrero, llamándole á obligándole á inclinarse sobre ella para co-

rregirla el trabajo; y se veía á si mismo, ciego, enloquecido, devorándola el cuello y la nuca á besos hambrientos y glotones. O si no, iba á ocurrir algo peor: temía que cualquier noche, cuando ambos tardaban en pedir la lámpara, sobreviniese una flaqueza, á la lenta caída de la tarde, convertida en cómplice; una caída involuntaria, irreparable, ser lanzados recíprocamente uno en los brazos del otro. La cólera le sublevaba sólo de imaginar este desenlace posible, hasta seguro, si él no lograba acopiar el valor necesario para separarse de ella. Sería de su parte el peor de los crímenes, un abuso de confianza, una baja seducción. Su indignación fué tal, que se levantó valerosamente, y esta vez tuvo la energía de subir á la sala, resuelto á luchar.

Clotilde estaba dibujando tranquilamente. No volvió la cabeza, y se contentó con decir: —¿Dónde has estado tanto tiempo? Llegué á creer que Martina había cometido un error de diez sueldos en las cuentas.

Esta broma habitual sobre la avaricia de la criada hizo reír al doctor, que fué á sentarse tranquilamente delante de su mesa. No hablaron más hasta el almuerzo. Sentíase Pascual como bañado por una gran dulzura,